

4. LA CONSAGRACIÓN A LA INMACULADA: UN CAMINO HACIA LA SANTIDAD, SIGUIENDO LOS PASOS DE MARÍA, LA VIRGEN OYENTE EN ORACIÓN

El gran sueño de San Maximiliano fue: “*Conquistar al mundo entero para Cristo por medio de la Inmaculada*”.

Este ideal comienza desde el ser “propiedad total y sin límites” de la Inmaculada, ampliándose hacia la búsqueda apasionada del corazón del hombre, de todos los hombres, de todos los billones de corazones que latén sobre esta tierra más allá de Polonia y Japón (cf. EK 647). Vemos cómo este ideal lo hizo misionero, fue la causa de que implementara proyectos apostólicos vanguardistas por la época al valerse de los medios masivos de comunicación, y que lo hiciera el padre espiritual de un movimiento de espiritualidad y de misión en la Iglesia, la Milicia de la Inmaculada, y que lo llevara a dar la vida por un hermano.

¿Qué significa vivir siguiendo los pasos de María?

Significa vivir una vida de Evangelio, como lo hizo Kolbe, una vida para Dios y para los demás, en obediencia a Dios y en servicio a los demás.

Podemos encontrar las huellas concretas de este “caminar con María” en las actitudes de la Virgen que sugirió el Papa Pablo VI en su documento, *Marialis cultus* (MC, a partir del párrafo n. 16):

- Virgen oyente
- Virgen orante
- Virgen-Madre
- Virgen oferente

Fr. Maximiliano no podía conocer este documento, por supuesto, pero por su experiencia, vemos una armonía perfecta entre su forma de vivir la consagración total a la Inmaculada y aquellas actitudes de la Virgen señaladas en *Marialis cultus*. Parecen ser la expresión concreta de su deseo de “ser Ella misma” (cf. EK 556, 991 Q).

María es la Virgen oyente, quien recibió al Verbo en el corazón, lo guardó y dejó al Verbo transformarla en imagen de su Hijo.

María aceptó la palabra del ángel. Permitió que la obediencia a la voluntad del Padre - la cual le fue revelada diariamente por medio de su relación con Jesús – fuera el alimento de su vida, tal como Jesús dice de Sí mismo: *“Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado”* (Jn 4, 34).

María caminó las etapas de su peregrinación en la Fe a la luz de la Palabra de Dios, la cual poco a poco se le fue desvelando. No es ninguna coincidencia que San Lucas escribe dos veces que *“María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”* (Lc 2, 19.51). Mientras que el ángel le había anunciado a María que ella sería la Madre del Hijo de Dios, Simeón le reveló cómo se daría esta maternidad: no sería de modo triunfal o glorioso, según la mentalidad del mundo. Más bien, ese niño sería *“signo de contradicción”* y ella también experimentaría *“una espada que le atravesase”* el alma (cf. Lc 2, 34-35). Por el camino, María encontró las conexiones, unió las piezas, recibió la Palabra que se manifestó aun cuando ella no lo comprendía, como en el incidente del Niño Jesús perdido y hallado en el Templo de Jerusalén (Lc 2, 50).

María aceptó que Dios se manifestaría de manera distinta a sus expectativas. Aceptó caminar por Sus caminos inescrutables, con confianza y abandono. Y por este camino se encontró al pie de la Cruz, totalmente dedicada al Evangelio proclamado por su Hijo. Solamente pudo encontrarse allí porque creyó en la Palabra, y aun cuando todos lo abandonaron, conservó cuidadosamente en su corazón aquellas palabras: *“al tercer día resucitará”* (Lc 18, 33 y pasajes paralelos).

La Palabra de Dios fue realmente antorcha que iluminó sus pasos (cf. Sal 119). Y Ella obedeció a Dios con gozo, se abandonó a Su Voluntad, reconociéndola como una Voluntad de amor. Ella sabía que estaba en las manos de Aquél que *“ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava”* (Lc 1, 48), que cuida de Sus hijos y de la humanidad, que auxilia a los pobres, derriba a los potentados, y cuya misericordia se extiende de generación en generación.

Desde temprana edad, San Maximiliano eligió como fundamento para su vida y espiritualidad la escucha orante de la Palabra del Señor (cf. EK 964; 965; 987), para discernir el camino de su vida en las manifestaciones de la Voluntad de Dios. El Fr. Maximiliano no tenía ninguna duda de que lo que importante en verdad no es obrar milagros, sino cumplir la Voluntad de Dios (EK 56). Sin embargo, dejarnos conducir es posible sólo si tenemos confianza, si confiamos que estamos en buenas manos.

La Voluntad de Dios que María hizo suya es una voluntad buena; es una voluntad de amor. El Fr. Maximiliano estaba seguro de esto. En verdad, él era como un niño destetado en brazos de su mamá, y es por eso que lo encontramos dispuesto para descender al búnker de exterminio por hambre en el lugar de otro prisionero.

Al vivir con María también nos reta hacer de la Palabra de Dios nuestro alimento diario. *“Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2, 5), dice María. Y el salmista declara: *“Tu palabra es antorcha para mis pasos, luz para mi sendero”* (Sal 119, 105); *“Enséñame, Yahvé, el camino de tus preceptos”* (Sal 119, 32.33.35); sino seré como *“oveja descarriada sin pastor”* (Sal 119, 67.176)

En nuestra consagración a María, ocupa el primer lugar la Palabra recibida, meditada y guardada en el corazón. Debemos de aprender de María a comparar la Palabra divina y nuestro diario vivir y reconocer el plan del Padre, la cercanía de Jesús, el Espíritu que habita en nosotros y caminar según Sus preceptos.

Incluso para nosotros, como para San Maximiliano, la obediencia a la voluntad del Padre es lo que cuenta de verdad.

Su Voluntad se manifiesta en Su Palabra, en la enseñanza magisterial de la Iglesia y en los eventos de la vida que se vuelven significativos a la luz de la Palabra.

María es la Virgen orante porque vivió íntimamente con Dios, Lo proclamó como su Señor al cantar el Magníficat, Lo invocó por las necesidades de los esposos en la Boda de Caná y finalmente oró con la Iglesia en el Cenáculo en Jerusalén.

La oración de María es alabanza, acción de gracias, intercesión, pero, ante todo, es comunión diaria con su Hijo, la capacidad de permanecer en contacto con el misterio del Hijo y contemplarlo, dejándolo transformar su vida.

La oración no consiste en simples fórmulas, sino que es una creciente intimidad con Dios, cuidando esa “habitación interior” donde habita Dios. La oración es entrar dentro de nosotros mismos nuevamente y encontrar a Dios quien nos ama con ternura más allá de todo pecado. Pero, si no entramos en esa habitación, ¿cómo podemos oír la Voz que nos llama? La vida tiene sentido si nos permitimos escucharle a Dios que nos dice, “Te amo”, “Ven”, “Eres precioso para Mí”, “Sígueme”.

San Maximiliano hizo de la oración la piedra angular de todas sus actividades. Por eso declaró:

“[L]a oración es un medio desconocido, y, sin embargo, el más eficaz para restablecer la paz en las almas, para proporcionarles la felicidad, ya que sirve para acercarlas al amor de Dios. La oración hace renacer el mundo. La oración es la condición indispensable para la regeneración y la vida de cada alma...” (EK 903).

Sus biógrafos recuerdan un episodio:

“Niepokalanów está en su máximo esplendor. Maximiliano está preguntando a los jóvenes frailes cuál, según ellos, será el siguiente paso. Tras varias respuestas que enfocaban la necesidad de incrementar la productividad, por fin susurra un joven fraile: ‘Primero debemos de crecer interiormente, y luego la productividad será una consecuencia.’ Maximiliano estaba tan feliz con esta respuesta y agregó, ‘La expansión de nuestra obra no será manifestación de progreso. Ni tampoco lo serán grandes edificios nuevos... Entonces, ¿qué será necesario para progresar? ¿Cuál es el verdadero progreso de Niepokalanów? Y, sobre todo, ¿qué es nuestro Niepokalanów? ¿Es esta actividad visual? ¿Es la productividad industrial? ¿O el tiraje de la revista? No, ¡hay algo mejor! ¡Nuestra Niepokalanów es el mundo interior de nuestras almas! Como resultado, aunque fuera necesario suspender nuestra obra, aunque tuviéramos que dispersarnos como hojas barridas por el viento de otoño, si, en nuestros corazones permanece y sigue floreciendo el ideal de Niepokalanów, entonces y sólo entonces podremos decir que estamos en pleno progreso’” (cf. Luigi Faccenda, OFM Conv., Ho visto Padre Kolbe [He visto al Padre Kolbe], Edizioni Milizia Mariana, 1970, pp. 27-28).

San Maximiliano le daba primacía al cuidado de la vida interior sobrenatural, la relación con Dios que es la base de todo, como lo dijo Jesús: *“Yo soy la vid; ustedes los sarmientos. Él que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada”* (cf. Jn 15, 5).

Escuchar la Palabra de Dios y la oración son estrechamente vinculados. La oración es la “caja de resonancia” de la Palabra, la “habitación” en la que podemos conversar con el Padre que “ve en lo secreto”. Es el lugar íntimo del encuentro con Aquél quien solo da sentido a nuestra existencia, nuestro ser y nuestras acciones. A menudo tenemos que regresar a esa habitación, escucharlo que nos recuerda que Él nos ama y decirle que le devolvemos ese amor y que queremos estar siempre con Él y permanecer en Su amor (cf. Jn 15, 9).

Preguntas para la reflexión y el diálogo:

- ¿Cuánto espacio le doy al Señor en mi vida?
- ¿Qué significa orar?



Compromiso para mi vida:

Escuchar la Palabra de Dios y convertirla en una experiencia de vida.